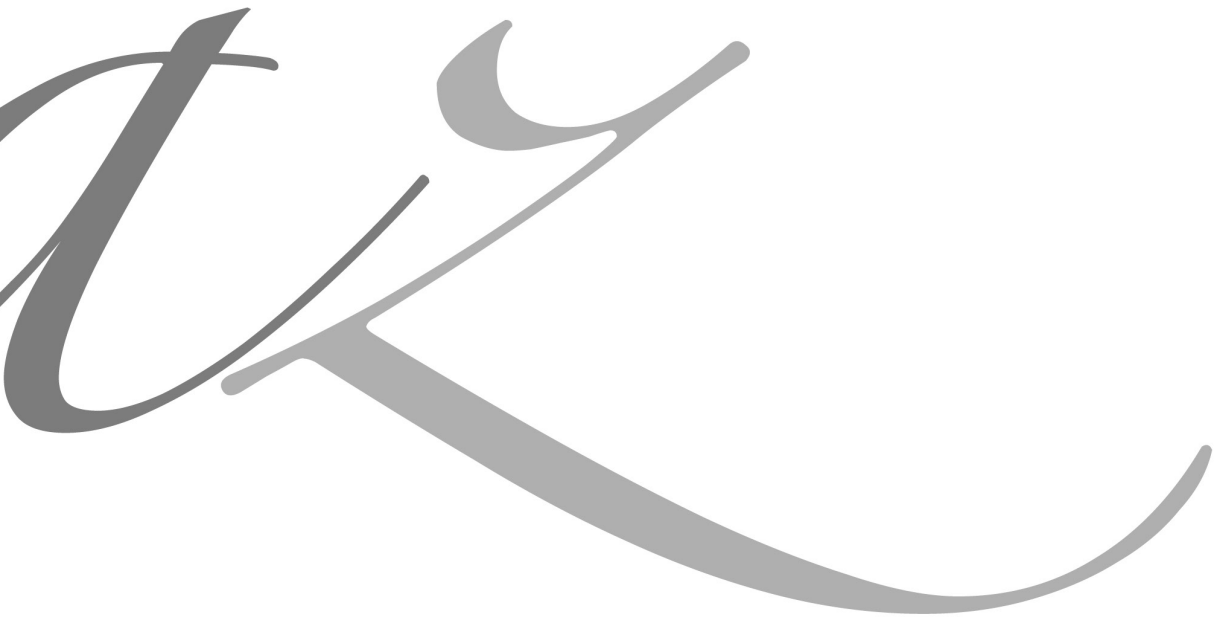


La tensión entre Marruecos y Argelia: una histórica rivalidad atizada por el Sáhara Occidental y la ‘guerra del gas’

Rosa Meneses

Periodista de El Mundo especializada en Oriente Medio y el Magreb



El conflicto del Sáhara Occidental, que llevaba décadas *dormido*, ha dado muestras en los últimos meses de que un problema de descolonización sin resolver puede tener un gran potencial de desestabilización regional. El contencioso experimenta radicales giros desde finales de 2020 que han terminado por implicar cambios en la política de España, la antigua potencia administradora del territorio. Las nuevas realidades políticas que se están creando a raíz de la reconfiguración de la postura de Estados Unidos, primero, y de otros países europeos, después, en torno al conflicto han atizado las tensiones entre Marruecos y Argelia, potencias que rivalizan históricamente por la hegemonía regional. Como nueva arma arrojada ha entrado en juego el estratégico suministro del gas argelino, que con la guerra de Ucrania a las puertas de Europa y la crisis energética que se ha generado a raíz de la dependencia del gas ruso, ha tomado una importancia todavía mayor.

El espaldarazo de Trump

El rompecabezas inacabado del Sáhara Occidental está reconfigurándose desde el 13 de noviembre de 2020. En aquellas fechas, cuando las negociaciones de paz habían quedado enquistadas hacía años, el conflicto armado se reactivó, agitando el espectro de una nueva contienda bélica con consecuencias regionales, ya que podría implicar a Marruecos y a Argelia, competidores por tener un papel predominante en el continente africano. Aquel día, tropas marroquíes realizaron una intervención en Guerguerat, enclave situado en el extremo sur del Sáhara y considerado zona desmilitarizada. El Frente Polisario reaccionó declarando nulo, al día siguiente, el acuerdo de alto el fuego firmado con Marruecos en 1991 y se reactivó así la guerra entre el grupo independentista saharauí y Marruecos. Los combates continúan a día de hoy y, aunque se desarrollan a baja intensidad, existe el riesgo no descartable de que cualquier operación mayor que entrañe un elevado número de muertos o graves consecuencias estratégico-políticas dé lugar a una escalada de dimensiones regionales.

La decisión unilateral tomada por Trump contradecía las resoluciones de Naciones Unidas y venía a trastocar la geopolítica magrebí

Una vez que los tambores de guerra ya se habían puesto en marcha, el 10 de diciembre de 2020, un tuit del entonces presidente de EEUU Donald Trump rompió con el poco consenso político internacional que existía en torno al conflicto al reconocer la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental a cambio del establecimiento de relaciones diplomáticas entre Marruecos e Israel. En su mensaje, el presidente republicano afirmaba que “la propuesta de autonomía sería, creíble y realista de Marruecos es la única base para una solución justa y duradera por una paz y prosperidad perdurables”.

La decisión unilateral tomada por Trump contradecía las resoluciones de Naciones Unidas y venía a trastocar la geopolítica magrebí. Visto con perspectiva, el anuncio de Trump fue el verdadero elemento disruptivo en el conflicto del Sáhara Occidental y por extensión en la tensión latente entre Marruecos y Argelia, ya que dio un espaldarazo sin precedentes a Rabat y prendió fuego a la vieja mecha de su rivalidad con Argel. A partir de ahí, todos los acontecimientos -unido al hecho de que el Acuerdo de 1991 ya era papel mojado- se han ido desencadenando para empeorar la situación. Una de las consecuencias de ello es que Rabat y Argel rompieron relaciones diplomáticas en el verano de 2021 y en octubre de ese año, Argelia anunció el cierre del gasoducto que pasa por Marruecos y que también proveía de gas a la Península Ibérica.

Candado al gasoducto GME

Así es como la onda expansiva de la crisis entre Marruecos y Argelia alcanzó a Europa y, en especial, a España, poniendo en peligro su seguridad energética. El Gasoducto Magreb-Europa (GME) partía del yacimiento de gas natural de Hassi R'mel, en el Sáhara argelino, y transcurría por Marruecos para conectar con la Península a través del Estrecho de Gibraltar. Argelia echó la llave de esta 'superautopista' gasística el 31 de octubre de 2021 con el anuncio previo del presidente, Abdelmayid Tebune: "España ya no será aprovisionada de gas vía el GME. No tenemos necesidad de ese gasoducto". El conducto, que se inauguró en 1996, era una de las pocas vías de comunicación y colaboración entre Argel y Rabat que quedaban activas, ya que ambos países mantienen sus fronteras terrestres cerradas desde 1994. El GME era una *excepción*, e incluso había logrado mantener sus grifos abiertos hasta en los peores tiempos del llamado «decenio rojo», la década de la sangrienta guerra civil argelina.

A través del GME Argelia llevaba un cuarto de siglo haciendo llegar la mitad de sus exportaciones en hidrocarburos a España y Portugal a través de una ruta de bajo coste. A cambio, Rabat recibía casi 1.000 millones de metros cúbicos de gas natural al año (el 97% de sus necesidades): la mitad, como pago en especie y la otra mitad, a un precio preferente. La inutilización de la cañería supone un gran perjuicio para Marruecos, pero también amenaza la seguridad energética de España, pese a los esfuerzos de Argel en aquellos días para tranquilizar a Madrid con declaraciones sobre cómo el suministro quedaba asegurado por vía marítima, a través de buques metaneros. Además, Argelia envía su gas a España por medio de un segundo tubo: la conducción submarina Medgaz, que conecta con Almería y funciona desde 2011. En estas circunstancias, parecía que lo más lógico era que España recalibrara sus relaciones para adaptarse al nuevo escenario en su orilla sur.

Pero la situación siguió complicándose con más encono entre Marruecos y Argelia. En medio de los cruces de acusaciones, el Estado petrolero dio otro paso: cerrar su espacio aéreo a los aviones procedentes del reino alauí y avisar de que "no se descartaban medidas adicionales". Era el último episodio en una histórica rivalidad entre los dos países que data de los años 60. El contexto del desequilibrio geopolítico provocado por Donald Trump con su tuit, la efervescencia social en la que está inmerso el Magreb, en medio de la crisis económica agravada por el impacto de la pandemia entre 2020 y 2021 y por el escenario de crisis alimentaria que se abre en la región debido a la guerra de Ucrania en 2022, unido a la inestabilidad que se palpa sobre todo en Argelia una década después del estallido popular de las llamadas Primaveras Árabes, cuyos estertores se vivieron en 2019, son más gasolina en el fuego que alimentan la inquina entre Marruecos y Argelia.

Historias paralelas, regímenes antagónicos

Desde sus independencias, ambos países se erigieron en pilares del Magreb, pero sus regímenes diversos y antagónicos no ayudaban a la cooperación. Marruecos exhibía orgulloso una monarquía conservadora y tradicionalista que se apoyaba en la religión como razón de ser. Argelia alzaba la bandera de una república populista apuntalada en el Ejército. Cada uno era nacionalista, pero a su manera. Los dos Estados eran herencia del colonialismo francés, pero llegados a la independencia de manera muy diferente y, en el caso de Argelia, muy dramática y violenta.

Las relaciones también se enrarecen fruto de la desconfianza que genera el malestar de las poblaciones en toda la región a partir de 2011, con el inicio de las revoluciones árabes

En esa dinámica de confrontación se enmarcan episodios anteriores de ruptura de relaciones diplomáticas, empezando por 1976, a iniciativa de Marruecos, poco después de que Argelia reconociese a la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), autoproclamada por el Frente Polisario tras la ocupación marroquí de la ex colonia española. En los años 80, hay un intento de acercamiento que se escenifica con el encuentro en la frontera, el 26 de febrero de 1983, entre Hasan II y Chadli Benyedid, para acordar restablecer poco después la circulación fronteriza entre ambos países. Pero no es hasta 1988 cuando se anuncia la recuperación de las relaciones bilaterales y se reabre la frontera oficialmente. El 7 de junio de ese año, el monarca alauí visita Argel por primera vez en 15 años. Al año siguiente, el presidente Benyadid le devuelve la visita y ambos firman un acuerdo para proyectar un gasoducto que vehiculara la energía argelina a través de Marruecos hacia España, el hoy malogrado GME. Era una época con vientos de esperanza que llegaban de Europa, donde los vecinos inmediatos de la orilla norte, España y Portugal, se acababan de incorporar (en 1986) a la Unión Europea. Pero en 1994, un ataque terrorista en el que murieron dos turistas españoles corta en seco la relación y las fronteras quedan cerradas, hasta hoy.

En otro nivel, el social, las relaciones también se enrarecen fruto de la desconfianza que genera el malestar de las poblaciones en toda la región a partir de 2011, con el inicio de las revoluciones árabes. Aunque Argelia y Marruecos pasaron de puntillas por la primera oleada, Marruecos logró contener, a base de una dura represión, el descontento en el Rif entre 2016 y 2017 y no así logró el Estado petrolero salvarse de la ola revolucionaria que se desató a partir del 2019 y que logró echar abajo el régimen del presidente Abdelaziz Buteflika aunque el sistema logró sobrevivir gracias en parte a la pandemia, a la represión y a su resiliencia.

Enrocados en sus propios discursos nacionalistas y de búsqueda de un enemigo exterior, los vecinos han ido enconándose más y más

con amenazas, acusaciones recíprocas y gestos hostiles. Como culmen, la fiebre tuitera de Trump, la reactivación del conflicto del Sáhara Occidental y la entrada en juego de sendas crisis diplomáticas con España.

Nuevos focos de tensión: la crisis diplomática Marruecos-España

Volvamos a finales de 2020. Con el apoyo de EEUU, Marruecos decidió subir la tensión con los países clave de la Unión Europea, para reclamarles un posicionamiento en la línea de Trump. Francia enseguida reiteró su postura tradicional a favor de la tesis marroquí, aunque eludió la palabra “soberanía”, pero otros países evitaron hacerlo y así surgieron graves crisis diplomáticas con España y con Alemania.

Lejos de responder a la demanda de Rabat y de alinearse con la declaración de Trump, Alemania quiso convocar una reunión en Naciones Unidas para tratar el tema. Ello le valió la ira de Marruecos, que retiró a su representante diplomático en Berlín y se enzarzó en un rifirrafe bilateral. El cambio de Gobierno germano propició que el 16 de febrero de 2022, Marruecos y Alemania enterraran su disputa diplomática tras una carta del nuevo canciller, Olaf Scholz, e iniciaran “un nuevo diálogo para superar sus malentendidos”.

Más profunda y enconada fue la crisis que Rabat desencadenó con España, entre las presiones de fondo para forzar un cambio de posición en Madrid. A finales de abril de 2021, la acogida en España del líder del Frente Polisario, Brahim Ghali, para recibir tratamiento hospitalario, fue la excusa perfecta para escenificar una airada ruptura por parte de Rabat, que retiró a su embajadora en Madrid e impuso restricciones a los viajes desde España. Profundizando en la presión, Rabat no dudó en utilizar la *bomba demográfica* -que ya había lanzado en la crisis de Arguineguín, a donde sólo el anterior noviembre llegaron 8.000 migrantes- y propició semanas después una entrada masiva de inmigrantes en Ceuta -más de 10.000-. Incidentes similares de entradas masivas se repetirían en Melilla en marzo de 2022.

Días después de los incidentes de Melilla, el 18 de marzo, la casa real marroquí filtró a la prensa local una carta del presidente Pedro Sánchez enviada al rey, Mohamed VI. El texto suponía un giro histórico en la política de España sobre el conflicto del Sáhara Occidental, al señalar que “España considera la iniciativa marroquí de autonomía como la base más seria, realista y creíble para la resolución del diferendo». El posicionamiento cambiaba la postura que había mantenido históricamente Madrid, hasta entonces alineado siempre con



las resoluciones de Naciones Unidas en la búsqueda de una solución al contencioso alrededor de un territorio pendiente de descolonización en un ejercicio de ‘neutralidad’ que ha tratado siempre de evitar apoyar a Marruecos o al Frente Polisario, las dos partes enfrentadas por reclamar su soberanía.

En su misiva, Sánchez reconocía “la importancia de la cuestión del Sáhara para Marruecos” y llegaba a destacar “los esfuerzos serios y creíbles” del reino alauí “en el marco de Naciones Unidas para encontrar una solución mutuamente aceptable”. De la lectura profunda del texto se interpreta que España abandona el reconocimiento del derecho a la autodeterminación del pueblo saharauí, tal y como establecen las resoluciones de la ONU. Por el contrario, Sánchez reconocía ‘de facto’ la soberanía marroquí sobre el Sáhara Occidental, al endosar como única base válida su plan para convertir el territorio en una autonomía bajo bandera marroquí. Moncloa calcaba así las palabras de Trump, al declarar la propuesta de autonomía de Marruecos no como “una” base seria, sino como “la” más seria.

*El
posicionamiento
de España con
el conflicto
del Sáhara
Occidental
había estado
alineado con la
resoluciones de
Naciones Unidas*

El presidente y el ministro de Exteriores, José Manuel Albares, defendieron esos días -en sus declaraciones y en sendas comparecencias ante el Congreso y el Senado- que la carta era el culmen de una serie de negociaciones para zanjar la crisis diplomática e iniciar “una nueva etapa” en las relaciones bilaterales basada “en el respeto mutuo, el cumplimiento de los acuerdos, la ausencia de acciones unilaterales y la transparencia y comunicación permanente”. La nueva fase, añadía la misiva, se desarrollaría “tal y como indican los comunicados del Gobierno de Marruecos, en una hoja de ruta clara y ambiciosa (...) para garantizar la estabilidad, la soberanía, la integridad territorial y la prosperidad de nuestros dos países”.

Marruecos se mostró satisfecho y manifestó que el mensaje de Sánchez “permite prever una hoja de ruta clara y ambiciosa para inscribir de forma duradera” la relación bilateral. Como resultado inmediato, el Gobierno marroquí envió de vuelta a la embajadora, tras 10 meses de ausencia, y anunció sendas visitas a Rabat. Finalmente, el 7 de abril de 2022, el presidente Sánchez y el rey Mohamed VI sellaron esa ‘paz’ en el palacio real, en un ceremonial que incluyó una invitación para celebrar el *iftar* (cena de ruptura del ayuno del ramadán). Pero detrás de tan espectacular puesta en escena, sobre el papel se reveló pronto las escasas garantías que Marruecos ofrecía a España a cambio de tan suculento regalo.

Las consecuencias de este giro de 180 grados se dejaron ver muy pronto. Argelia, principal sostén del Frente Polisario, tardó un día en retirar a su embajador en Madrid y en los sucesivos, anunció la revisión de todos los acuerdos bilaterales con España, además de un

incremento en los precios del gas que provee a la Península -del que dependemos en un 60%. En plena crisis desatada por la guerra de Ucrania y ante una escalada de los precios de la energía, el momento escogido para *arreglar* la crisis con Marruecos no parecía el más propicio.

El Frente Polisario, por su parte, reaccionó inmediatamente a este cambio en la postura del Gobierno español: “España sucumbe ante el chantaje y la política del miedo utilizada por Marruecos. Es una posición que no se corresponde con la responsabilidad política y jurídica de España y que condicionará su papel en la resolución del conflicto”. Finalmente, el 10 de abril, casi un año después de que su líder fuera acogido en España por razones humanitarias, el Frente Polisario anunció la suspensión de los contactos con el Gobierno socialista.

Los movimientos de España, Marruecos, Argelia y del Frente Polisario no hacen sino poner más difícil la labor del enviado especial de la ONU, Staffan de Mistura, designado en octubre de 2021 tras dos años con el puesto vacante por la imposibilidad de acordar un candidato del gusto de las partes. La ronda de contactos iniciada por De Mistura poco después de su nombramiento, se ha visto prematuramente perturbada por las sacudidas políticas en el tablero del conflicto.

Un orden regional en recomposición

El cambio radical de posición de España llegó con Europa inmersa en una guerra tras la invasión rusa de Ucrania a finales de febrero. Este conflicto ha impactado el corazón del orden mundial construido tras la II Guerra Mundial, ha puesto en cuestión el suministro de gas ruso del que era dependiente Europa central y del este y ha activado la negociación de canales alternativos de abastecimiento a Europa desde Estados como Argelia, para los que España es un país clave de paso. Esto ha dado relevancia al país rico en hidrocarburos, lo que ha extremado el recelo de Marruecos, hasta ahora uno de los socios preferentes de la Unión Europea en el norte de África.

Pero en el Magreb y el Sahel, la reconfiguración ya estaba en marcha desde la mencionada disruptiva declaración unilateral de Trump. Ahora se aceleraba debido al debilitamiento de una Rusia en guerra, aislada por las demás potencias en la escena internacional, lo que le hace más difícil sostener sus esfuerzos bélicos en Libia y su apoyo militar a Argelia. A eso se añade las dificultades de otra potencia exterior en la región, Francia, que se encuentra en pleno proceso de retirada en el Sahel, donde Rusia había ido ganando terreno antes

de embarcarse en el conflicto en Ucrania. El norte de África está en plena ebullición desde finales de 2020 y en este escenario cambiante hay que contextualizar el reposicionamiento internacional en torno al Sáhara Occidental.

El Sáhara Occidental está considerada la última colonia de África, pero es también un conflicto que se desarrolló en esferas de influencia de la Guerra Fría y la política de bloques en la región. En este contexto, el orden que emergió tras el desmoronamiento de la URSS, se está poniendo a prueba en el Magreb con la ruptura del *statu quo* que estableció el Acuerdo de alto el fuego de 1991 y que no sólo quedó roto en noviembre de 2020 sino que está claro que ha sido ya sobrepasado.

Estados Unidos sigue siendo un país influyente en la región, donde tiene en Marruecos a uno de sus mayores aliados. Washington siempre ha apoyado las tesis marroquíes en su búsqueda por hacerse con el control del Sáhara Occidental. Durante la Guerra Fría, EEUU se opuso a la independencia de los saharauis, alegando que su Estado quedaría en la órbita de la Unión Soviética en la región. Terminado el conflicto de bloques, a principios de este siglo Marruecos se convirtió en el mayor colaborador regional para lo que durante la Administración Bush se llamó la *guerra contra el terror*. La alianza ha logrado mantener renovada su fortaleza tras la declaración de Trump, revalidada implícitamente por su sucesor, el demócrata Joe Biden.

Y ésta trajo de la mano a otro actor que ha irrumpido con fuerza en este corto tiempo. El reconocimiento de la soberanía marroquí sobre el Sáhara Occidental tenía una contrapartida para Rabat: restablecer los contactos diplomáticos con Israel y firmar los llamados Acuerdos de Abraham. La entrada de Israel en el Magreb ha tenido una consecuencia inesperada: ha espoleado el enfrentamiento entre Marruecos y Argelia. Durante su primera visita a Rabat, en agosto de 2021, para sellar las relaciones bilaterales, el ministro de Exteriores israelí, Yair Lapid, expresó su preocupación por “el papel de Argelia en la región, que se ha acercado a Irán”. Argel consideró la declaración de Lapid una “amenaza velada”, y una serie de reacciones en cadena acabaron provocando que la república petrolera rompiera relaciones diplomáticas con Rabat ese mismo verano. Pero en este reequilibrio de fuerzas regionales, Marruecos tiene en Israel no sólo un lazo que refuerza su alianza con EEUU -la prueba es que Joe Biden no retiró la declaración de Trump al llegar a la Presidencia- sino un socio clave en transferencia de tecnología, Inteligencia y armamento. Los conflictos del siglo XXI se libran con drones y ciberguerra y Marruecos ha sabido aliarse para presentar batalla. Los aviones sin piloto se han convertido en un elemento diferenciador de esta segunda guerra entre Marruecos y el Polisario. A ello se añade la red espía Pegasus,

Estados Unidos sigue siendo un país influyente en la región, donde tiene en Marruecos a uno de sus mayores aliados

un software israelí que en manos marroquíes ha abierto brechas de seguridad entre responsables del Gobierno argelino e incluso activistas saharauis en los territorios ocupados.

Marruecos ha actualizado sus ambiciones y ya no sólo aspira a ser un líder regional, sino que sus ojos están puestos en el continente africano. Esta es una de las razones por las que Rabat ha vuelto al seno de la Unión Africana tras décadas de ausencia. El reino dejó la organización en los 80, en represalia por haber admitido a la RASD. Pero en 2017 Mohamed VI inició una política diferente y se reintegró en su estructura para desde ahí socavar los apoyos africanos a la causa saharauí. En este contexto, ha logrado la apertura de una decena de consulados de países africanos en los territorios ocupados, lo que promociona como un apoyo tácito de estos Estados a su soberanía sobre lo que llama “las provincias del sur”. Su normalización con Israel da nuevos bríos a este horizonte de expansión africana, donde ayuda a este país a hacer campaña para acreditarse en la Unión Africana.

Por su parte, Argelia se ha situado tradicionalmente en la órbita soviética y enfrentada a todo lo que representara Francia, su antigua potencia colonial y con la que libró una larga guerra de la independencia que culminó en 1962. De su doloroso y violento nacimiento como Estado independiente le viene ser abanderado histórico de los pueblos que luchaban por liberarse del colonialismo. Esta es una de las razones por las que es el principal sostén de la causa saharauí desde sus inicios, aunque también influye su rivalidad con Marruecos por la hegemonía en el Magreb y su proximidad con la antigua URSS. Hay que recordar que el alto el fuego que Marruecos y el Frente Polisario firmaron para poner fin a su enfrentamiento bélico ocurrió en 1991, en pleno desplome del bloque soviético. Poco después se desató en Argelia una guerra civil que desangró el país durante una década. Salió maltrecho del conflicto fratricida pero en los primeros 2000, el alza de los precios del petróleo le dio un respiro al régimen y su sistema de prebendas. Desde entonces ha mantenido un complejo equilibrio en sus aproximaciones internacionales, ya que la primera década de los 2000, en el contexto de la *guerra contra el terror* de EEUU, Argelia se acercó también a Washington y Bruselas, que la consideraron un socio importante en la cooperación en esta materia.

La guerra en Ucrania ha reforzado el papel de Argelia como suministrador de gas natural a Europa, siendo como era ya el principal abastecedor de esta energía para España y Portugal. España recibía unos 15.000 millones de metros cúbicos a través de los gaseoductos Medgaz y GME antes del cierre de este último y tenía grandes posibilidades de convertirse en un gran *hub* gasístico para abastecer al viejo continente, en detrimento del fluido ruso, ya que a un eventual aumento del flujo se añadía la capacidad de regasificación que

Europa está prestando muy poca atención a la guerra que se ha reactivado en su flanco sur y siempre existe el riesgo de una escalada militar que desestabilice no sólo el Magreb, sino también el Sahel

la Península ofrece. Incluso después del cierre del Gasoducto Magreb-Europa, aún existía potencial, ya que la crisis energética europea al calor de la guerra de Ucrania vino a representar para Argel una oportunidad para acercarse a Europa y convertirse en socio vital. Pero el giro de Sánchez en su aproximación al Sáhara Occidental en marzo encolerizó a Argel y estropeó las perspectivas de forjar acuerdos energéticos entre las dos orillas para expandir el flujo de gas a través de España. Airada, Argelia ha vuelto los ojos a Italia, a la que su primer ministro, Mario Draghi supo aprovechar la oportunidad para convertirla en socio estratégico energético y puerta de entrada en Europa del gas argelino. Así, Roma verá a partir de 2023 triplicado su suministro a través del gasoducto Transmed, que bebe de las mismas fuentes que Medgaz: el yacimiento de Hassi R'mel. El acuerdo firmado entre ambos países incluye la inversión italiana en energías renovables en Argelia, otra puerta cerrada para la industria española. La abstención de Argel en la resolución de condena a Rusia por la invasión de Ucrania en la Asamblea General de la ONU, el 2 de marzo, habló de forma elocuente de sus nuevos intereses. Aunque se esfuerza por no enemistarse directamente con Moscú, su tradicional aliado, tiene un creciente interés en que Europa privilegie sus relaciones y este periodo es una oportunidad de oro tanto para los intereses económicos como para la política exterior argelina.

Una guerra silenciosa en el Magreb

Europa está prestando muy poca atención a la guerra que se ha reactivado en su flanco sur. Aunque los combates permanecen en un grado de baja intensidad desde que se reactivaron, siempre existe el riesgo de que cualquier chispa provoque una escalada militar que desestabilice no sólo el Magreb, con ramificaciones a Argelia y Mauritania, sino también el Sahel, una franja en ebullición desde hace una década. Pero los mayores temores se centran en un hipotético enfrentamiento armado directo entre Marruecos y Argelia, justo cuando sus relaciones diplomáticas están en el peor momento en décadas. En los últimos tiempos, la alianza de Marruecos con EEUU en su *guerra contra el terrorismo* ha traído la necesidad de modernizar sus fuerzas armadas, siendo uno de sus puntales de las maniobras militares *African Lion* que el Pentágono programa anualmente. Washington ha facilitado la adquisición de cazas y helicópteros de combate, a los que se añaden sofisticados drones *MQ-9b Sea Guardian*. El reino ya opera desde hace años con aviones no tripulados israelíes y turcos que ya han entrado en acción en el frente sahariano cambiando el rostro de esta nueva etapa en la confrontación con el Polisario. El rearme de Marruecos con ingenios de última generación estadounidense ha traído como contrapartida la reacción de Argelia,

que por su parte negociaba la compra de baterías antiaéreas rusas S-500 antes de la guerra en Ucrania. Habrá que prestar atención a cómo queda la cadena de suministros militares rusos al país petrolero. Un posible sustituto, en caso de que el conflicto en Europa se alargue poniendo en peligro las entregas, podría ser China, bien implantada en el país desde la era Buteflika como socio económico. Argelia -que ya contaba con los sistemas rusos S-400-, era el año pasado el tercer importador de armas rusas en el mundo. Según datos del *think tank* sueco Sipri, en 2020 el gasto militar de Argelia alcanzó el 6,7% mientras que el de Marruecos ascendía al 4,3%, los mayores de la región.

Al complicado puzzle regional se añade la situación de Libia, que lleva una década fuera de juego y es también escenario de la rivalidad entre Argelia y Marruecos en su dimensión política. Ambos países aspiran a tener un papel de mediación en la convulsa política libia y la exclusión de Marruecos en la cumbre de Berlín en enero de 2020 fue un punto de fricción tanto con Alemania como con Argelia. En tiempos del coronel Muamar Gadafi, Libia apoyaba al Frente Polisario en su guerra contra Marruecos. Las afinidades del *Hermano Líder* iban y venían y no siempre fueron fluidas con los saharauis, pero su muerte y la descomposición de su régimen, en 2011, dejó fuera de juego a uno de los países clave del Magreb, como potencia ideológica y económica, aunque muchas veces fuera un verso suelto. Libia lleva una década sumida en el caos, incapaz de superar el vacío que dejó la *Yamahiriya*, la excéntrica República de Masas que inventó Gadafi. Las milicias armadas que derrotaron al Ejército gadafista continúan hoy enzarzadas en una disputa por el poder que también se ha recrudecido en el fuego de las rivalidades regionales (sobre todo entre el este, la Cirenaica, y el oeste, la Tripolitania) y tribales. En el conflicto interlibio mucho han tenido que ver las injerencias extranjeras e incluso Francia e Italia han sido rivales en su suelo, al respaldar a facciones diferentes, lo que ilustra el choque de intereses ante el pastel del petróleo libio, de nuevo con Italia bien posicionada. Rusia ha ejercido un papel destacado sustentando al mariscal Jalifa Haftar, 'hombre fuerte' de la Cirenaica y líder del autoproclamado Ejército Nacional Libio, que aspira a ser un nuevo Gadafi que domine todo el país. En su momento, Haftar también tuvo el beneplácito implícito de Trump y del presidente francés, Emmanuel Macron. Con el apoyo de miles de mercenarios rusos de la firma privada Wagner y armamento de Emiratos Árabes Unidos, el «señor de la guerra» lanzó un último pulso -entre abril de 2019 y junio de 2020- contra las fuerzas del Gobierno de Unidad Nacional (GNA, en sus siglas en inglés y que está políticamente respaldado por la ONU y por Turquía militarmente) hasta ser derrotado en plena pandemia. Aunque en octubre de 2021 se alcanzó un alto el fuego y luego se acordó celebrar elecciones, la votación seguía en el aire en entrada el segundo trimestre de 2022,

con el país dividido de nuevo entre dos gobiernos rivales y sin perspectivas de reconciliación a corto plazo. El estancamiento del proceso libio empeora con la debilitada presencia actual de Moscú en el Magreb, que se ha visto obligada a reclamar para Ucrania a los mercenarios de Wagner desplegados en suelo libio-. Añadido a estas dificultades, se ha dado la alarma de que se avecina una crisis alimentaria, ante la dependencia del trigo proveniente de Ucrania, de donde Trípoli importaba el 43% de este cereal antes de la guerra.

Repliegue europeo en el Sahel

Nos encontramos ante una encrucijada en la región saharo-saheliana en la que confluyen, retroalimentándose, la evolución cambiante del conflicto del Sáhara Occidental y el deterioro de la situación en el Sahel

Los vientos de inestabilidad en Libia siempre afectan a Mali, que tras la guerra de Libia vivió su propia bajada a los infiernos. En los últimos dos años –tras sendos golpes militares– el país africano está reconfigurando sus alianzas, en medio del movimiento telúrico en toda la macrorregión. Y en este proceso, la influencia de Francia se encuentra en retroceso. Desde que intervino en Mali en 2013 para contrarrestar el avance del terrorismo yihadista en esta franja que va del Atlántico al Pacífico, lejos de ver el problema resuelto Francia ha ido atisbando cómo el contexto saheliano se le vuelve cada vez más hostil. En mayo de 2021, una (nueva) junta militar se hizo con el poder en Bamako, lo que fue evidenció la gradual pérdida de influencia francesa mientras Rusia iba tomando posiciones, tanto políticas como militares, favorecida por la nueva cúpula maliense. Ante la pérdida de favor de Bamako y el evidente fracaso en su intervención militar, Francia ya anunció el pasado verano su disposición a reducir drásticamente la presencia de sus efectivos en la zona y esta retirada terminó arrastrando al contingente europeo que apoyaba a sus fuerzas. A mediados de febrero, Francia y sus socios europeos, que apoyaban con tropas e instructores sus misiones en Mali y el Sahel –entre los que estaba España–, acordaron la retirada coordinada de sus fuerzas al considerar que no se dan las condiciones para continuar luchando contra la amenaza terrorista en la zona. La UE anunció en abril de 2022 la “suspensión” de su misión EUTM-Mali, donde España era el mayor aporte, ante la falta de garantías por parte de Bamako de que las milicias de la empresa privada rusa Wagner no intervenirían. El anuncio llegó poco después de que fuerzas malienses y mercenarios rusos perpetraran presuntamente una masacre de civiles en Moura (en el centro del país), que provocó la apertura de una investigación por parte de Naciones Unidas. El hecho de que los soldados de Wagner –una empresa de seguridad privada con vínculos con el presidente ruso, Vladimir Putin– colaboraran con las fuerzas malienses –que reciben entrenamiento de la Unión Europea– motivó la decisión de retirar a los instructores del *viejo continente*. Considerada “frontera avanzada” de Europa, el Sahel es clave para contener el yihadismo y los flujos de migración ilegal, además

de para luchar contra los tráficos ilícitos de todo tipo. Sin muros de contención, estos problemas tienen ahora más probabilidades de ramificarse hacia la zona del Magreb, haciendo más imprescindible la colaboración de Argelia y Marruecos. A su vez, el puzle roto no contribuye a esta colaboración.

Conclusión

Nos encontramos ante una encrucijada en la región saharo-saheliana en la que confluyen, retroalimentándose, la evolución cambiante del conflicto del Sáhara Occidental y el deterioro de la situación en el Sahel, ante la pérdida de influencia de Francia y la UE tras la retirada de sus tropas de Mali. El nombramiento del enviado especial de la ONU para el Sáhara Occidental, Staffan de Mistura, a finales de 2021 había dado un espejismo de esperanza para reanudar las estancadas negociaciones directas entre las partes. Pero hay que observar cómo influye en la deriva del contencioso de la ex colonia española el cambio de posición de Moncloa –más favorable ahora a las tesis marroquíes y realineado con EEUU– y qué postura final adopta Francia, otro de los principales valedores de Rabat. También hay que observar cómo se comporta el reforzamiento de la agresiva diplomacia de Rabat, la evolución de los enfrentamientos en el teatro bélico y la espiral de violencia en el Sahel y sus ramificaciones hacia el Magreb. Todo ello en un contexto de transformación del orden político internacional a raíz de la invasión rusa de Ucrania, que tiene una dimensión económica y social, con riesgo de crisis energéticas, alimentarias y de estallidos sociales aún por determinar.

En este panorama geopolítico, lo más urgente es desescalar la confrontación entre Argelia y Marruecos. Aquí la Unión Europea puede jugar un importante papel, ofreciendo incentivos económicos y comerciales a sus vecinos, además de aprovechar la reconfiguración de los intereses energéticos para encontrar nuevas oportunidades de partenariado en medio de la crisis. A continuación, Naciones Unidas debe recuperar la iniciativa en la resolución del conflicto del Sáhara Occidental cuanto antes. Es necesario, primero, desactivar la confrontación militar para, después, sentar a la mesa de negociaciones a las partes. En este escenario, España debe volver a su posición de neutralidad y cumplir con su papel histórico en tanto que antigua potencia descolonizadora. Tanto la ONU como la Unión Europea disponen de herramientas para incentivar o forzar, en su caso, una vuelta al diálogo, como está demostrando la guerra en Ucrania. La solución es posible, aunque ambas partes tendrán que estar dispuestas a hacer concesiones, y a ella pueden ayudar los cambios de paradigma en el orden regional si se sabe tornar la crisis en oportunidad.



Referencias bibliográficas

Casani, Alfonso y Fernández-Molina, Irene (2021): "Marruecos, una política exterior más asertiva". *Política Exterior*. Marzo/Abril.

Dworkin, Anthony (2022): "North African Standoff: How the Western Sahara Conflict is Fuelling New Tensions Between Morocco and Algeria". *European Council on Foreign Relations*, Policy Brief, abril.

Fibla García-Sala, Carla (2022): "Entre lo real y lo emocional". *Mundo Negro*, nº 679, marzo.

Majdi, Yassine (2022): "Espagne-Algérie. De l'eau dans le gaz, vraiment?". *Telquel*, nº 990, del 25 al 31 de marzo.

Meneses, Rosa (2021): "Marruecos y Argelia: una nueva pero vieja confrontación al calor de Twitter y el gas". *El Mundo*, 11 de octubre. Disponible en el enlace: <https://www.elmundo.es/internacional/2021/10/11/6163136bfc6c838b468b45a1.html>

Meneses, Rosa (2022): "Entre el Sáhara y Ucrania: reequilibrio de poderes en el Magreb y el Sahel". *El Mundo*, 27 de marzo. Disponible en el enlace: <https://www.elmundo.es/espana/2022/03/27/623e214bfdddfaf8f8b45f9.html>

Lovatt, Hugh y Mundy, Jacob (2021): "Free to Choose: a New Plan for Peace in Western Sahara". *European Council on Foreign Relations*, Policy Brief, mayo.

Porter, Geoff (2022): "Ukraine Invasion Ushers in Algeria's Return". *The Washington Institute for Near East Policy*, Policy Analysis, 28 de marzo.